

QUIERO ESCRIBIRTE ESTA NOCHE UNA CARTA DE AMOR

Ángeles Caso

Introducción

ALGUNAS DUDAS

¿Alguien sabe de verdad lo que es el amor?

¿Una descarga química, una tormenta hormonal que nos obliga a tendernos hacia el otro/la otra con el cuerpo anhelante y la mente al borde del abismo?

¿El encuentro de dos almas predestinadas?

¿El reencuentro de dos almas que se conocieron —y ya se amaron, inevitablemente— en el pasado o en aquello que existe antes del pasado?

¿Es el amor un sentimiento universal?

¿Todas las mujeres y los hombres del mundo, durante millones de años —dondequiera que pongamos el límite más o menos caprichoso en el que haya comenzado esta forma de animalidad que llamamos «humanidad»—, han amado a otra/otro, deseando a ese ser, justamente a ese, como si no existiese nadie más sobre la tierra?

Un indígena shuar —nuestros antepasados lo llamarían «jíbaro»— me dijo una vez que en su lengua no existe la palabra «amor».

Ese fue, creo, uno de los descubrimientos más deslumbrantes de mi vida.

Si los shuar no conocen la palabra «amor», ¿quiere eso decir que no aman?

¿Quiere decir que no necesitan del sentimiento amoroso para desearse, gozar, reproducirse y protegerse mutuamente?

¿Quiere decir tal vez que en la condición humana más cercana a la naturaleza el amor no existe?

¿Porque no es necesario?

¿Porque aún nadie lo ha «inventado»?

¿O quiere decir que existe en ellos, como en nosotros, pero no saben nombrarlo?

Pero ¿existe lo que no se nombra?

¿Es entonces el amor una construcción cultural que adorna con palabras, gestos y sensaciones lo que no es más que un proceso bioquímico, puramente natural?

¿Amamos porque nos han dicho que debemos amar?

En tal caso, ¿podríamos evitar, si quisiéramos, la disolución de nuestro yo en ese sentimiento avasallador?

¿Amamos como nos han dicho que debemos amar?

¿Somos acaso las hijas amorosas, los hijos enamorados de los cuentos que nos han contado, de los libros que hemos leído, de las películas que hemos visto?

¿Se puede amar fuera de la historia, de todo lo que nos acompaña y nos determina en nuestras vidas?

¿Amaron de la misma manera la «intelectual francesa» del siglo XII Eloísa, sensible a su carne, enfrentada al Infierno, y la intelectual francesa del siglo XX Simone de Beauvoir, empeñada en destruir todo rastro burgués en su vida, descreída y antimoral?

¿Sintieron lo mismo, a pesar de su propio pensamiento, la epicúrea del siglo XVII Ninon de Lenclos, que rechazaba los tópicos sobre la pasión amorosa, y la romántica del XIX George Sand, decidida a morder el amor hasta sangrar?

¿Temblaron de igual modo —el alma y el cuerpo fusionados el uno en el otro— la joven estudiante de filosofía María Zambrano, castellana, avergonzada por la «mancha» suprema del embarazo a destiempo, anhelante del matrimonio, y su contemporánea rusa Marina Tsvietáieva, ardiente de buscar en el amor, sin límites ni casillas ni sexos decididos de antemano, la fuente fundamental de su inspiración poética?

¿Se ama de la misma manera a alguien del otro sexo que a alguien del propio?

¿Es el mismo amor el que sintió Elizabeth Barrett por Robert Browning que el que sintió Virginia Woolf por Vita Sackville-West?

¿El mismo anhelo, la misma esperanza, el mismo desgarró si todo eso —hormonas, cultura, cuerpo y alma— huye a esconderse y te aparta a manotazos para que le dejes libre el camino?

¿Es exclusivo el amor? ¿Elige a uno, a una, y solo sabe vivir para él?

¿O se puede amar a diversas personas a la vez, con la misma fuerza, el mismo empeño?

¿Fue más sincera Mary Wollstonecraft, que permitió —¿permitted?— que el Único la arrollase, destruyéndola, o Julie de Lespinasse, que amó a dos al mismo tiempo, con la misma intensidad?

¿Solo ama quien es valiente y está dispuesto a jugarse el cuello en el intento?

¿Es entonces el amor algo que únicamente conocen las diosas y los héroes?

¿Tienen que conformarse los cobardes con las migajas del banquete olímpico?

¿O es el más vulgar de los sentimientos, el que ilumina y arrasa por igual los palacios y las chabolas?

¿Amó más Charlotte Brontë, que arriesgó su reputación, que Emilia Pardo Bazán, que usó exitosamente todas las estrategias para no ser descubierta?

¿Se puede amar más y amar menos, como si hubiera una balanza-de-pesar-todo-ese-tumulto?

¿Y se puede no amar nunca, vivir toda la vida al margen de la convulsión?

¿Lo hacen los shuar?

Si alguien tiene respuestas, quizá debería, como le aconsejaría Marina Tsvietáieva, escribir un poema de amor. (O un largo ensayo sobre el tema.)

Yo, simplemente, en esta hora en la que ya he vivido mucho, sin respuestas, doy mi versión de sus historias de amor, y transcribo lo que todas estas mujeres dotadas de un talento gigantesco escribieron a los seres a los que amaron.

(Aunque no creo, la verdad, que ninguna de ellas, mis hermanas mayores, tuviese a pesar de todo muchas más certezas que yo sobre todo esto.)

Este es, supongo, mi homenaje a lo que he sentido, siento y sentiré.

Mi personal constatación del milagro.

ALGUNAS ACLARACIONES

Esta es una selección, en un doble sentido: una selección de quince escritoras que escribieron cartas a hombres o a mujeres a quienes amaron. Y, al mismo tiempo, una selección de algunas de esas cartas.

Sobre lo primero: no todas las escritoras que escribieron cartas de amor están recogidas aquí. Solo algunas. Por razones personales: mi admiración hacia ellas, o impersonales: su importancia literaria. Imposible, claro, incluirlas a todas, a riesgo de hacer una enciclopedia.

Sobre lo segundo: la mayor parte de esas correspondencias son muy extensas. He elegido tan solo algunas cartas representativas de sus sentimientos y de sus estilos literarios. Únicamente en tres casos, los de Eloísa, Hildegarda de Bingen y Charlotte Brontë, reproduzco las correspondencias al completo por ser muy breves.

Todas estas correspondencias están publicadas. A veces por decisión de las propias escritoras o de sus herederos. Otras veces, porque en algún momento alguien encontró las cartas y las consideró dignas de ser conocidas. No son por lo tanto materiales inéditos.

Sin embargo, en el caso de la mayor parte de las autoras que no son españolas, es la primera vez que pueden leerse en castellano. Solo las cartas de George Sand, Marina Tsvietáieva y Simone de Beauvoir han sido publicadas en España. Las de Eloísa y Ninon de Lenclos lo fueron hace siglos — textualmente—, y son por lo tanto inencontrables.

En la bibliografía que figura al final del libro indico todas las ediciones de las correspondencias que he utilizado. He traducido personalmente la mayoría de los textos. Solo en dos casos no ha sido posible, por razones que tiene que ver con los derechos de autor vigentes. Para las cartas de Marina Tsvietáieva, he recurrido a las ediciones de Minúscula y Renacimiento. Para las de Simone de Beauvoir, reproduzco las cartas ya publicadas por Lumen con anterioridad.

En cuanto a las biografías que acompañan las cartas de cada escritora, solo son aproximaciones a sus figuras y, en particular, a sus relaciones amorosas. Para quien quiera saber más sobre ellas, al final del libro indico igualmente algunas biografías y ensayos, tanto en castellano como en otros idiomas.

También sugiero algunas de las obras de cada una que se pueden encontrar en español: léanlas. Porque leerlas es, sin duda alguna, el mejor homenaje que podemos rendir a todas estas mujeres grandes.

Hay un asunto que no me ha resultado fácil decidir: ¿debía utilizar en mis textos, para referirme a las escritoras y a los hombres a los que amaron, sus nombres o sus apellidos? Parece algo menor, pero no lo es. Cuando se habla de un hombre conocido, siempre se utiliza, por abreviar, su apellido. Cuando se habla de una mujer, a menudo se usa el nombre. Por ejemplo, Alfred de Musset es Musset, mientras que George Sand es George. Los hombres imponen respeto, las mujeres inspiran cercanía.

Afortunadamente, esa tendencia discriminatoria está desapareciendo en los últimos años, y todos los que escribimos hemos ido adquiriendo la costumbre de referirnos a las mujeres conocidas, en el ámbito que sea, por su apellido. Ahora bien: el contenido de este libro es especial. Al tratarse de su correspondencia íntima, lo protagonizan ellas como mujeres, y no ellas como escritoras. He decidido por lo tanto mencionarlas por sus nombres, tal y como ellas se presentaban ante las personas amadas y firmaban sus cartas. Y he hecho lo mismo con los hombres a los que escribieron, salvo en los casos en los que ellas mismas se dirigían a ellos por sus apellidos. Si hablo por ejemplo de Simone y de Sartre y no de Simone y Jean-Paul, no es por falta de respeto hacia ella, sino porque ella en la intimidad era llamada por su nombre y él, en cambio, por su apellido.

Una nota más: he tomado el título del libro de una de las cartas de Katherine Mansfield a John Middleton Murry. Supongo que a ella no le molestaría.

1

Cartas de la abadesa Eloísa

a Pedro Abelardo

(hacia 1132-1135)

Fue una palabra tuya la que me hizo tomar los hábitos, y no el amor a Dios.

Un monasterio pobre, mínimo, al suroeste de París, hacia el año 1132. Una celda despojada, en la que penetran el viento y la nieve. Y, desde allí, el grito solitario de una mujer que clama —abandonada, pero llena de orgullo— por su amor y su deseo.

Quizá, el primer grito de amor de una mujer en la cultura occidental. No la lírica feliz de Safo, ni el susurro reposado de alguna poeta anónima, ni la composición sofisticada de las intelectuales de al-Ándalus, ni el canto melódico y formal que, en el mismo instante, comenzaban a entonar las trovadoras de las cortes del sur de Francia, sino un quejido hondo, una voz que se levanta y aúlla por encima de los muros de su celda-prisión, como una hoguera ardiendo en medio de la noche, y defiende su derecho a amar, a desear y a sentir placer.

Su derecho, también, a recordar lo que se le ha prohibido: Eloísa, la autora de las primeras cartas de amor conocidas, era monja. Monja casada y forzada a abandonar «el mundo» por voluntad de su propio marido, Pedro Abelardo.

Esta historia empieza en el año 1113 en París, una ciudad que ya era por entonces rica y bulliciosa, salpicada de importantes escuelas y estudios ligados a la Iglesia, antes incluso del nacimiento de su Universidad. En esa fecha, Pedro Abelardo, a sus treinta y cinco años, era un famosísimo profesor de dialéctica, muy conocido además como músico: componía e interpretaba canciones que la gente adoraba, convirtiéndolas en verdaderos éxitos populares. Una especie de filósofo-estrella-del-pop, seguido por las multitudes y deseado por muchas mujeres.

Eloísa (sin apellido conocido) tenía por entonces unos quince años. Era hija ilegítima de dos miembros de la alta nobleza, y había sido educada con un gran esmero por su tío Fulbert, canónigo de la catedral. Extrañamente —pues las niñas no solían acceder a esos grados del saber—, Eloísa se formó en las disciplinas que entonces se llam